



La urna y el piano

Nunca se imaginó que la obra que terminó aquel día iba a ser para ella, pues casi la había borrado de su memoria, después de muchos años de no verla y ni siquiera hablar de lo que antes había significado. Ya anochecía cuando se puso a pensar sobre lo que había sido su vida anterior, la que hubiese sido muy difícil relacionar con aquel diario y ya rutinario trabajo de ebanista funerario.

Ese día sintió un gran cansancio por todas aquellas largas jornadas que nunca terminaban antes de las siete de la noche. Ese cansancio se le hacía más pesado por una extraña sensación de insatisfacción consigo mismo, cuya causa, lo sabía muy bien, era el usual comentario que surgía cada vez que terminaba una de sus obras: Los curiosos siempre le decían que era una lástima ponerla bajo tierra para que se pudriera junto con su contenido. Entonces, más que nunca, tuvieron razón sus amigos y los curiosos que le visitaban, sobre todo, si se consideraba que cada una de las tablas, cada tornillo, los pedazos de láminas negras y blancas de las teclas y la larga bisagra de la tapa de lo que una vez fuera un piano estaban ahora ocupando su lugar en la más hermosa urna que hubiese fabricado hasta entonces.

La excelente madera de caoba le daba una apariencia de mueble fino al ataúd que lucía extrañas cruces negriblancas de un material nunca visto en aquel pueblo, cuyos mayores acontecimientos eran las fiestas patronales de cada año o el fallecimiento y entierro de alguna persona notable. La tapa superior no tenía las comunes *bisagritas* doradas como las otras urnas que había fabricado y vendido hasta entonces; ésta tenía una larga bisagra que iba a todo lo largo de ella y que le daba un toque de singularidad al trabajo.

Todos los que la habían visto cuando trabajaba en ella, o cuando estuvo después en exhibición, admiraron aquella obra maestra de la artesanía local, pero también les sorprendía la utilización de aquellos extraños materiales que antes habían formado parte del hermoso piano de cola con el cual muchas veces se había deleitado musicalmente al auditorio. Aquel piano, ahora convertido en elegante urna, estaba allí junto a otras de más bajo precio, a la espera de que alguien viniese a solicitar lo que en aquel pueblo llamaban jocosamente el *"flux de cedro"* o *"el último estuche"*. Su precio era el más alto, y por ello suponía su hacedor, que de no vendérsela a un "pe-

sado” o rico de los alrededores, la destinaría algún día para sí mismo. Tal era su lúgubre talante para entonces, consecuencia, como muchos sabían, de una decepción que no lograba olvidar.

Una de sus largas noches sin sueño terminó abruptamente cuando tocaron a su puerta solicitándole el servicio para alguien a quien había conocido muy bien. Quien llamó tan temprano esa fría madrugada no era otro que el papá de Dilia, quien, llorando por la muerte de su todavía joven y bellísima hija, le abrazó mientras recordaba hermosos y dolorosos momentos para ambos. El que ahora mostraba las urnas disponibles no podía todavía comprender, cómo aquella a quien tanto había amado, ya no existía en este mundo, y sólo requería ahora del suministro de una caja adecuada, para llevarla convenientemente a la fosa donde descansaría para siempre. No le resultaba fácil comprender todo aquello que ahora le comunicaban de manera súbita, pues todo el pasado se hacía presente como un torbellino en la memoria y nuevamente laceraba su corazón. Todo aquello abría de nuevo la herida que él creía haber sanado, cambiando el trabajo de la tierra en la hacienda familiar y la participación en la orquesta del maestro que le había enseñado a tocar el bombardino, por la, para muchos incomprensible, tarea de fabricar y vender urnas en un pueblo donde casi nadie se moría y mucho menos alguien que pudiese pagar lo justo por aquellos hermosos ataúdes, en cuya elaboración consumía muchos días de esmerado trabajo.

Mientras oía con dolor las explicaciones sobre la repentina muerte de la joven, tomó la decisión de ofrecerle el mejor féretro que entonces tenía. De inmediato, le ordenó a su ayudante limpiar el polvo que la caja de brillante madera negra había acumulado, y sin esperar más, llevarla a la casa vecina. Cuando se retiraron los que vinieron a buscar el féretro pudo darse plena cuenta de su inmensa soledad; sintió algo que supuestamente nunca sentía, esto es, el miedo a la muerte o a continuar por siempre esa vida que sólo la llenaba un continuo laborar, más parecido a una manera de escapar de la realidad que a una verdadera actividad productiva y gratificante.

Durante ese aciago día no probó ni un solo bocado. Varias veces lo llamó su cocinera avisándole que la comida estaba lista. Pero sólo le pidió café negro en cada oportunidad. Ya en la tarde, estando un poco más sereno, una sola idea rondaba su cabeza y era saber cuándo empezarían a doblar las campanas de la iglesia para anunciar los oficios religiosos y el viaje al cementerio. Había decidido no ir a la casa donde estaban velando el cadáver; más bien, prefirió ir al templo y luego caminar junto con todo el pueblo detrás del féretro que sus manos fabricaron y que guardaba los despojos de quien no quería ver ahora con la muerte reflejada en sus facciones. A él nunca le había gustado esa morbosa costumbre de ver a los difuntos; siempre repetía que prefería recordar las personas tal como eran cuando disfrutaban de la vida; ahora, en este caso, cumpliría con mucha mayor razón su promesa. Por nada del mundo cambiaría sus hermosos recuerdos por esa fea visión de lo que dejaba observar la levantada tapa unida por una larga bisagra. El ayuno, el traspasado y tal vez el exceso de café y cigarrillos consumidos ese día le estaban produciendo cierto malestar general, cuando oyó que daban el tercer toque o “dobles” de campanas anunciando la ceremonia. A pesar del malestar que sentía, se apresuró a colocar una cinta negra alrededor de la manga de su *liqui-liqui* blanco y se dispuso a caminar las dos cuadras que lo separaban del sitio donde las familias del pueblo estaban reunidas llenando las naves y el atrio del pequeño templo, así como las cercanas aceras de la plaza.



Un pensamiento lo llenaba de angustia, ¿Cuándo y cómo darle el pésame a los restantes familiares, ...lo haría allí mismo en medio de aquel gentío o ...esperaría a armarse de valor e ir personalmente a los novenarios en la casa de la familia?.

Rápidamente se disipó su duda, pues era casi imposible acercarse a los llorosos deudos, casi ahogados por un gentío que pugnaba por darles aunque fuese unas *palmaditas* en el hombro, acompañadas de algunas expresiones inaudibles. Además, algunos como la madre de Dilia, se habían quedado en la casa bajo los efectos de un fuerte calmante, administrado por una de esas personas que se auto asignan esas responsabilidades en los hogares sacudidos por una tragedia. De tal manera, que la decisión casi obligada fue la de esperar la oportunidad del primer novenario para poder ofrecer las condolencias en la propia residencia recién enlutada.

Durante el viaje a pie hasta el cementerio, acompañando al cortejo fúnebre, tuvo oportunidad de oír los comentarios que siempre hace la gente en esos casos; algunos lo miraban de manera disimulada y hablaban en baja voz, mientras él caminaba absorto detrás del féretro de negra madera brillante.

Al llegar a la puerta del cementerio se detuvo, mientras muchos apuraron el paso y otros casi corrían por encima de las tumbas para tomar los primeros lugares alrededor del profundo hueco, rodeado de promontorios de tierra recién cavada. Allí, cuando la urna ya había sido colocada sobre el suelo y el sacerdote se disponía a pronunciar las últimas oraciones, alguien abrió totalmente la pesada tapa sujeta con su reluciente y larga bisagra. De inmediato se pudieron oír con más fuerza los lastimeros gritos y llantos entre los que se abalanzaron a verla por última vez. Nuevamente, tuvo que alejarse del tumulto que casi lo obligaba a ver lo que no quería; con gran esfuerzo se alejó de aquel sitio, decidido a conservar la visión de una hermosa mujer a quien tanto amó y no aquella otra ante la cual prefería cerrar sus ojos. Una vez que estuvo cerrado el ataúd y debidamente colocado en el fondo de la fosa se acercó de nuevo y, tomando una de las palas, ayudó a cubrirlo con la tierra, hasta que una mano amiga le pidió la herramienta para cumplir también con el ritual. El profundo silencio sólo era roto por los murmullos y el sonido de algunos terrones que golpeaban la negra caja que desaparecía en esa cavidad cada vez menos profunda. La jornada fue completada con la colocación de todas las coronas y cruces de flores sobre el túmulo de tierra rojiza y húmeda, entonces, todos se dieron cuenta que nada más había que hacer sino emprender el regreso por la polvorienta calle que antes había visto pasar el más concurrido entierro en muchos años, según decían los entendidos.

Esa noche, sólo los muy íntimos de la familia se atrevieron a ir y sentarse en los corredores de la enlutada casa. La mayoría prefirió esperar el siguiente día para iniciar la asistencia a los rezos del rosario; entonces, también iría el funerario ebanista a ofrecer sus palabras de pésame a la familia que no había visitado por muchos años, después que lo había hecho tres días a la semana durante dos años.

Pasado un día después del entierro, en la noche, en el momento de cumplir con la solidaria visita de pésame, sus labios se movieron pero las palabras se le quedaron adentro y solamente su tembloroso abrazo a la madre, las hermanas y hermanos de Dilia le permitieron expresar todo aquello que hubiese querido decirles entonces. Sintió un gran alivio cuando otros visitantes que esperaban su turno para dar su pésame le echaban a un lado y ello le permitía acabar rápidamente con aquellos traumáticos encuentros. De allí en adelante, pa-

sado ese “trago amargo”, se limitaría a la diaria asistencia al rosario, manteniéndose discretamente sentado junto a la mayoría de los hombres que se contentaba con oír el rezo de las mujeres y a cuchichear entre ellos, mientras fumando esperaban el reparto de café o chocolate caliente.

Aquella convencional actitud escondía sus verdaderos sentimientos. En realidad, detrás de esta “fachada”, se desarrollaba una verdadera tormenta, donde los recuerdos de una apasionada relación amorosa inconclusa, se mezclaban con terribles escenas de celos, rupturas de compromisos matrimoniales y devolución de costosos presentes e íntima correspondencia epistolar. Recordando el gardeliano tango que decía que «veinte años no es nada» se revolvían en su memoria aquellas visitas tres días a la semana, cada miércoles, sábado y domingo; de siete a nueve de la noche y con la hermana menor sentada frente del «tú y yo», hermoso mueble traído como regalo por el *musiú* que se casó con la mayor de las hermanas. Hacía ya veinte años que todo había terminado para quien ahora, en la penumbra del corredor, oía en silencio a las rezanderas decir las letanías que pondrían fin a la sesión de esa noche. Hacía ya veinte años, pero parecía que había sido ayer cuando recibió el paquete de cartas atado por una cinta roja, varias cajas con libros de poesía, algunos adornos y joyas; y también una nota anunciándole que el piano lo recibiría al día siguiente en la propia casa de la hacienda, desde donde antes lo habían enviado como exquisita muestra de desprendimiento y afecto. Recordaba también esa noche, en la penumbra de los corredores de la enlutada casa, que nunca quiso ver de nuevo el piano devuelto, ordenó a los peones de la hacienda que lo guardaran en un salón semi abandonado, y allí, un día, sobre el hermoso piano negro cayó el techo de tejas y madera que cedió bajo los efectos del comején y la lluvia. Largo tiempo estuvo el piano dañándose a la intemperie, hasta que sobreponiéndose a su rechazo por lo que simbolizaba el instrumento, lo hizo llevar al pueblo y lo convirtió en la más hermosa urna que había podido hacer hasta entonces. Lo que nunca se imaginó, el día que terminó su obra, fue que el piano enmudecido definitivamente, terminaría guardando y protegiendo del frío suelo de la tumba a quien un día había acariciado sus teclas y levantado su tapa sujeta con una larga bisagra dorada.

